

● VICTOR BARRERA ENDERLE

PRIMERAS BATALLAS DE UNA LARGA GUERRA:

LAS REVISTAS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA PENSADAS DESDE LA REDACCIÓN DE

A R M A S Y L E T R A S

Hace algunos años, en un encuentro de editores de revistas culturales realizado en Xalapa, hablé sobre el devenir de las revistas culturales. Mi intención principal consistía en esbozar una impresión del estado actual de este tipo de publicaciones periódicas. El panorama, como ahora, era incierto. Pensaba entonces, como pienso ahora, que abordar el tema significaba ir más allá de las circunstancias inmediatas que las envuelven, esto es, de la búsqueda y configuración de un público específico y de la adquisición de medios para garantizar su existencia y difusión.

En aquel momento empecé con una confesión que creí necesaria, dije que no me sentía autorizado para dictaminar o pronosticar, de una manera “objetiva” y práctica, el porvenir de las revistas culturales. Mi experiencia se limitaba en aquellos días a los pocos años que llevaba ejerciendo la función de director editorial de la revista *Armas y Letras* (perteneciente a la Universidad Autónoma de Nuevo León), y que se extendieron de 2006 a 2011. La situación no ha cambiado mucho: todavía no me siento capaz de hablar de un tema tan basto y complejo. Hace tiempo que dejé la dirección de la revista, pero esos cinco años que pasé en su redacción y los veinte números que sacamos durante ese tiempo, me sirven ahora de plataforma para enfocar mi ensayo y mirar a través de ese cristal. Me asomo, entonces, a contemplar el devenir de las revistas culturales desde la plataforma de *Armas y Letras*. Pero no sólo miro hacia lontananza, también reviso sus cimientos. La misma historia de la revista nos otorga un extraordinario aprendizaje: surgida en 1944, en pleno contexto bélico, fue el resultado de lo que hoy llamaríamos redes intelectuales, y en esos circuitos comunicativos intervinieron personajes como Raúl Rangel Frías y Alfonso Reyes, e instituciones como la Universidad de Nuevo León y su Departamento de Acción Social. Fue un proyecto cultural a la vez regional, nacional e internacional, ya volveré sobre ese punto.

Me atenderé, pues, a esta peculiar perspectiva, y añadiré aún más: apelaré a mi experiencia como lector de revistas (sobre todo, de corte literario). Pero ahora debo señalar que para intentar esbozar una reflexión sobre la situación actual de las revistas culturales en América Latina es preciso rastrear su historia y describir un poco su genealogía y las características (históricas y culturales) que presenta su desarrollo.

Comienzo con un punto básico: la relación, tácita y explícita al mismo tiempo, entre este tipo de publicaciones y ese abstracto, tan difuso y movable, que llamamos opinión pública. La historia de esa relación nos remite, básicamente, al nacimiento de la modernidad, a la apertura de espacios especializados para el desarrollo, el estudio y la difusión de las artes. La opinión pública se consolida como un espacio discursivo alternativo a las instancias oficiales y religiosas. Surgió como la voz (o la expresión de los intereses) de la renovada burguesía, pero también fue, para los artistas e intelectuales, un instrumento para emanciparse del lastre del mecenazgo, acarreado desde épocas anteriores.

La publicación periódica de corte cultural fue uno de los principales instrumentos para la conformación de la figura del intelectual en la modernidad. De los diarios ingleses *The Tatler* (1709) y *The Spectator* (1711-1714) a la *Enciclopedia* francesa, estos papeles incendiarios volaban de mano en mano. En estas hojas periódicas se confecciona un saber especializado, que poco a poco se va alejando de los ámbitos de la teología o de la añeja filología medieval. Surge así la dimensión crítica, una forma de mirar sinóptica que lo envuelve todo, incluso a quien la ejerce.

En América Latina, las instituciones literarias y culturales nacieron como parte integral del estado nación. Constituían una vía importante para la difusión del ideario político y para la consolidación de las nuevas identidades nacionales. Las primeras publicaciones, que podríamos denominar “modernas”, guardando, claro, todas las proporciones, surgieron

de la Constitución de Cádiz (que instalaron por vez primera en nuestro suelo la libertad de imprenta) y comenzaron su consolidación al consumarse la independencia política. La prensa fue el elemento primordial. Sin ella, sin la dinámica lectora que inaugura, la vida de las revistas y suplementos culturales hubiera sido imposible. A su vez, este tipo de publicaciones ayudó a resarcir el vacío que dejaban la ausencia de libros. No otra fueron las funciones que desempeñaron empresas editoriales insurgentes como *El Despertador Americano* (1810-1811) en México, *La Gaceta de Buenos Aires* (1810), en Argentina, y *La Aurora de Chile* (1812-1813), por nombrar sólo algunos.

Al mencionar este aspecto, no puedo dejar de pensar en las empresas (tal vez debería decir “pasiones”) periodísticas de José Joaquín Fernández de Lizardi en México; pero también en la labor fundamental que realizó desde Londres Andrés Bello con sus dos publicaciones: *El Repertorio Americano* y la *Biblioteca Americana*.

La revista se forma de una manera peculiar: es a un tiempo grupal y anónima. Es prensa, pero de otro tipo; su relación con el tiempo y el espacio es distinta. Se alimenta, sin embargo, del mismo potencial de lectores: son ellos los que, en teoría, deberían suministrar, a través de las suscripciones, su financiamiento. Como producto de esa tendencia hacia la especialización (impulso vital de la modernidad), la revista cultural informa, difunde, pero también define, selecciona y separa. Establece un criterio valorativo, ideológico y estético (en este punto, pienso principalmente en las publicaciones literarias). Detrás de ellas se esconde la genealogía de un encuentro (o reencuentro) de voluntades afines. Y no sólo por su contenido (que debe o debería ser heterogéneo, pues de lo contrario se convertiría en manifiesto o propaganda), sino por su organización y estructura: ellas denuncian una lectura compartida. Las revistas “tradicionales” nacieron ligadas (aunque de manera especial) a su época y su región. Representan uno de los productos más vitales de los determinados campos literarios. En ellas se manifiesta el “humus” de una época literaria o cultural preciso.

Por eso, más que hablar de los libros fundamentales de la América Latina en la era republicana, podríamos mencionar las revistas y los periódicos que ayudaron a dotar de sentido y profundidad histórica a las nuevas naciones. El fenómeno no fue espontáneo, ya en el siglo XVIII comenzaron a despuntar periódicos,

gacetas y folletines con tintes ilustrados, y en donde ya se podían atisbar las primeras manifestaciones de la modernidad. Pienso en *El Mercurio Volante* (1772-1773), dirigido por Juan Ignacio Bartolache en México; en *La Gaceta de Guatemala* (1729); y en *La Gaceta de Lima* (1749). En ellas comienzan a circular de manera tácita ciertas nociones básicas de los nuevos tiempos, como la soberanía de los pueblos y el derecho a la libertad de impresión.

Se iniciaba un largo debate sobre la identidad propia. Basta recordar aquí las disputas del criollo novohispano Juan José Eguren con el abate español

LAS PRIMERAS IDEAS SOBRE LAS PARTICULARIDADES DE LAS NACIONES LATINOAMERICANAS SURCIERON EN ESTOS PAPELES PERIÓDICOS.

Manuel Martí en torno a la cultura mexicana, o la polémica entre José Joaquín Fernández de Lizardi y el árcade José María Lacunza, realizada en *El Diario de México* en 1811, sobre la referencialidad de la literatura. Me detengo un momento en esta discusión porque en ella se discutirán temas que estarán presentes a lo largo de todo el siglo XIX latinoamericano. ¿Debe la literatura dar cuenta de la identidad local o sólo debe reproducir los modelos autorizados por las culturas hegemónicas de Occidente? Lacunza apelaba al idilio para “escapar” de la parca realidad circundante; el Pensador Mexicano, por su parte, defendía la tesis de que la escritura (y por tanto los medios impresos que la soportan) debían estar en relación directa con el entorno.

Las primeras ideas sobre las particularidades (culturales, estéticas, ideológicas) de las naciones latinoamericanas surgieron en estos papeles periódicos. El mismo Fernández de Lizardi creó la publicación *El Pensador Mexicano* en 1812 para demostrar a España y al mundo que México (o lo que muy pronto se constituiría como México) poseía voz propia. No es casualidad que el primer número estuviera dedicado a ponderar los beneficios de la libertad de imprenta. Unos años más tarde y desde Londres Andrés Bello proclamaría el inicio de la

revuelta literaria de la América hispana (la búsqueda de su propia expresión) en su poema “Alocución de la poesía”, publicado en su *Biblioteca Americana* en 1823, publicación que, junto con su otra empresa editorial (*El Repertorio Americano* de 1826), se dedicó a promover, en el ámbito europeo, las producciones de los noveles escritores hispanoamericanos.

Al comenzar la era republicana, cuando los anhelos bolivarianos de una unión continental comenzaban a derrumbarse y se hacía evidente que nuestras naciones efectivamente estaban separadas por anchurosos mares y enormes montañas (por parafrasear al propio Libertador), los nuevos estados nacionales buscaban afanosamente su identidad particular. De nueva cuenta, las revistas y periódicos culturales desempeñaron una labor fundamental. Enumero unos cuantos: el ya referido *Diario de México* (1805), *El Mercurio de Chile* (1827), *El Comercio de Perú* (1839), *El Siglo Diez y Nueve* de México (1841), *La Prensa* (1869) y *La Nación* (1870) de Argentina, entre muchos otros, fueron espacios donde se forjaron la identidad y la opinión pública. En sus páginas se debatieron cuestiones políticas, estéticas, históricas y literarias. Pienso en la polémica fundamental y fundacional para nuestras letras sostenida entre Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento en las páginas de *El Mercurio* en 1842 sobre el uso del lenguaje literario y las fuentes donde debería abrevar: el pueblo o la gramática. ¿Apegarse a las reglas o dejarse llevar por los senderos ignotos de la exploración formal? El asunto era, como sospechamos, más profundo: tenía que ver con el desarrollo de una literatura que ya empezaba a mostrar sus propias características. No deja de impresionar que estas discusiones se dieran en el ámbito público (en la prensa) y no en las aulas o en los cenáculos de los aristócratas que auspiciaban a los creadores.

En este momento, la literatura y la cultura formaban parte integral de la política (eran cimientos del proyecto de estado nación). Podríamos afirmar que una de las primeras publicaciones enfocada –en teoría– a lo literario fue *El Renacimiento*, creada en 1869 por Ignacio Manuel Altamirano. Dije “en teoría” porque, a pesar de la intención confesada de su creador de reunir a todos los literatos, sin importar su pertenencia a algún bando político, este periódico literario fue la culminación del proyecto juarista de nación. Su propósito. Fundar de una buena vez la literatura mexicana. Altamirano “unió” las propuestas

dispares de Bello y Sarmiento y se propuso concretar una expresión que fuera a la vez correcta y original, y esencialmente mexicana. Fue el último gran intento por ponderar al mismo tiempo la autonomía de la literatura y su dimensión política.

El fin de siglo latinoamericano trajo renovaciones importantes. El cambio de paradigma modernista fue claro: no ya una literatura nacional, sino una literatura propia. Las revistas y periódicos culturales ya no convocaban a todos, sino que discriminaban y buscaban cofrades. Altamirano invita a todos a participar en *El Renacimiento*, Manuel Gutiérrez Nájera advierte, al lanzar *Azul* (1894), que el vigilará celosamente el portal de la redacción para que no se cuele ningún escritor advenedizo, de esos que creen que la literatura está para servir a reyes y papas y no a la literatura misma.

Hay un impulso, una detonación que hacen surgir estos proyectos colectivos. Y aquí se precisa otra distinción que será válida hasta nuestros días: su carácter heterogéneo. He mencionado que ellas surgieron como parte de la emancipación moderna de las artes y la crítica; pero a partir de entonces han cumplido funciones diversas. Podríamos dividir las, de manera básica y precaria, en dos grandes tendencias: las revistas institucionales (donde se incluyen las patrocinadas por los gobiernos y otras dependencias parecidas, y las que constituyen el órgano de difusión de instituciones educativas) y las independientes (que no cuentan con “apoyo oficial”, y busca marcar una distinción entre su proyecto y el entorno). Aclaro lo provisional de esta división, pues en realidad toda revista importante conlleva un poco de estos dos elementos. Sea para promover un proyecto de nación, como en el caso del ya mencionado periódico literario *El Renacimiento* (1869), o para marcar distancia y denunciar la adopción de un credo estético (o ideológico), como la también nombrada *Revista Azul* (1894), las revistas registran antes que nadie el debate vivo y permanente de las funciones literarias y culturales dentro de las sociedades. Dos tendencias poderosas parecen marcar su dinámica (desde luego, hay más variantes): los procesos de distinción y los de asimilación. Una rápida lectura de nuestra historia literaria distinguiría a las revistas institucionales como fuertes procesos de distinción. Ellas han intentado establecer, determinar y difundir el carácter cultural de la nación (carácter que la distingue del resto de los países). Los proyectos individuales e independientes

han estado más cerca de los procesos de asimilación con las grandes corrientes culturales de Occidente. La mayoría de las estrategias modernizadoras (como en el caso de la *Revista Azul*) persiguen la contemporaneidad con el “mundo civilizado”, desdeñando lo nacional como triste afán chovinista. Esto obviamente no impide las excepciones. Las ha habido, sin duda. El Estado postrevolucionario, por ejemplo, promovió a la vez ambos procesos y desde instancias oficialistas se financiaron proyectos tan disímiles como el muralismo pictórico y las traducciones literarias de los Contemporáneos. Sin embargo, la época actual presenta cambios considerables en esta dinámica, aunque el drama mayor (la parte triste de esta historia) permanece y se convierte en un reto a vencer: la ausencia de lectores.

El debate que nos ocupa en la actualidad, referente al “dilema” entre la producción impresa de revistas o la edición digital de las mismas, pasa invariablemente por algunos temas. El relativo al financiamiento y a la difusión es particularmente especial. Pero también es importante la relación entre cultura y mercado.

La implantación de la tecnología se ha dado en nuestro medio a la par de las reformas neoliberales. No hay aquí ninguna coincidencia. Vienen en conjunto. La pérdida de presencia del Estado como patrocinador cultural y el desarrollo y crecimiento de las industrias culturales han transformado sin duda nuestro campo artístico e intelectual. La producción de revistas ha sido modificada, evidentemente. Tras las constantes crisis económicas y políticas de las décadas del setenta y ochenta, nuevas dinámicas se han impuesto, afectando tanto a las ediciones “institucionales” como a las independientes. Algunos han alzado ingenuamente las campanas al vuelo, celebrando esta “apertura” como una prueba irrefutable de los “nuevos tiempos democráticos”; otros han satanizado estas nuevas dinámicas y se han apertrechado, buscado refugio en la petrificación de ciertos discursos en extremo radicales. Al final, las dos posturas terminan ensimismadas y su mirada se estrecha y se limita a la inmediatez de una creencia o añoranza. Ambas posturas pasan por alto lo fundamental: la revisión crítica del fenómeno.

Porque, en general, lo que se ha perdido es la presencia en los espacios públicos. La opinión pública (otrora difusa, mas reconocible) se ha desvanecido casi por completo. Lo que tenemos es una sustitución, o mejor: una tergiversación. Los intereses mediáticos han suplantado y transformado los espacios de encuentro, reflexión y discusión de los asuntos estéticos e intelectuales. Esa coyuntura afecta por igual a las revistas independientes y a las institucionales (aunque sus efectos son distintos). ¿Cómo pensar la cultura cuando ésta ha sido “subsumida” a la lógica mercantil del capitalismo tardío? Supongo que para ambas empresas se ha hecho imperante la reflexión de la condición propia. Todo empeño crítico reciente debe ser también autocrítico. Debemos estar al tanto de que nos movemos sobre

arenas movedizas, y evitar caer en el fárrago publicitario de la desterritorialización postmoderna. No podemos difundir, como simple eco, la inercia de los tiempos que corren;

ni debemos nombrarnos portavoces de fenómenos que ni siquiera conocemos. Eso sería peligroso sobremanera. Es preciso distinguirnos entre el campo borroso de lo publicitario, reconocer nuestras preocupaciones (nuestras obsesiones) y trabajar con y a partir de ellas. Escuchar las ideas y percibir las voces creativas.

Y la reflexión se extiende obviamente al uso de la tecnología. Ya lo he dicho en otra parte: el desarrollo tecnológico ha marchado a la par de la hegemonía capitalista. Pero esto no impide un uso alternativo y crítico de ella. He aquí otra misión imperiosa. La apropiación del instrumental técnico y su aprovechamiento en la difusión y recepción de nuestras producciones críticas y creativas.

La disyuntiva entre hoja de papel y hoja electrónica no es tal, sino una conjunción posible y plausible. El dilema no consiste, creo yo, en tener que optar entre un soporte y otro, sino en el uso provechoso de ambos (en la medida de lo posible). Las dos cumplen funciones cercanas, pero diferentes. Una no puede suplir a la otra. Repito, hablo desde mi experiencia, y ella se reduce al ámbito de las revistas institucionales (aquéllas que, en apariencia, sólo en apariencia, no tienen que preocuparse tanto por el financiamiento,

LA DISYUNTIVA ENTRE HOJA DE PAPEL Y HOJA ELECTRÓNICA NO ES TAL, SINO UNA CONJUNCIÓN POSIBLE Y PLAUSIBLE.

sino principalmente en la difusión y alcance). La edición impresa garantiza (o debería de hacerlo) la presencia “local”, el diálogo con el medio, con la vida literaria y cultural inmediata (ello no impide, evidentemente, una difusión e influencia mayores). Esa relación es fundamental para el desarrollo

LA BÚSQUEDA DE AUTONOMÍA IMPLICABA TAMBIÉN UN MANEJO HÁBIL DE LOS ASPECTOS ADMINISTRATIVOS Y LA HABILIDAD PARA SORTEAR LOS RIESGOS QUE CONLLEVA LA CIRCULACIÓN EN LOS MERCADOS DE LAS INDUSTRIAS CULTURALES.

creativo e intelectual. La revista, aunque sea efímera, ayudará a definir una época, un lugar (un “momento decisivo”, en palabras de Antonio Cándido): será parte de un capítulo más amplio. Allí podremos revisar los movimientos y las modas literarias y estéticas, veremos las apuestas y las experimentaciones formales, y comprobaremos el diálogo y las polémicas críticas. Es el registro al interior del campo cultural. Clausurar ese proceso por el simple hecho de “actualizarnos” sería peligroso. Reconozco, no obstante, las dificultades que implica mantener y difundir una edición impresa: su alcance es más corto, y generalmente, su tiempo es efímero.

Ahora la otra parte. Voy a mencionar brevemente algunos de los riesgos que correría una publicación exclusivamente digital. Confieso antes que no guardo ningún prejuicio irracional contra la tecnología. Internet es sin duda una gran posibilidad. Pero precisamente su vastedad provoca una banalización de los contenidos. Por más variantes que pueda ofrecer, la lectura en la “pantalla” (o en su formato) tiende hacia la homogenización. No generalizo, desde luego, sólo señalo algunos de sus efectos contradictorios. La inmensidad no es siempre una ventaja: se puede volver una dificultad. Además, el hecho de que una publicación se encuentre en la red no garantiza el acceso mayoritario, solamente facilitará su búsqueda a los lectores interesados. Pero sus ventajas son también considerables: la difusión puede ser más amplia y más económica y la revista puede actualizarse

constantemente y mostrarse “completa” (desde su primer número hasta el más reciente). La edición digital apela a otro tipo de relación con el campo cultural, una relación en cierta medida “atemporal” y desterritorializada (esto no impide un vínculo cercano con ella).

La posibilidad de un uso combinado de ambos soportes puede ser útil sobremanera. Y aquí regreso y tomo como referencia a la revista que en la cual trabajé. Durante más de sesenta años, *Armas y Letras* ha sido la publicación institucional de corte cultural más importante de Nuevo León, pero su presencia no pasaba de los límites geográficos del estado. Durante mi etapa como director editorial, combinamos su condición de publicación regional con su presencia en la red. El cambio fue significativo. Pero no trastocamos sus objetivos primordiales: dar cuenta de la vida cultural de la región y difundir los movimientos culturales y debates internacionales. Considerábamos (y yo lo considero todavía) que esos dos objetivos no eran –no son– incompatibles. Y al enfocarnos en ellos, buscábamos lograr cierta autonomía dentro del mismo carácter institucional. La revista debería, en la medida de lo posible, seguir sus propios fines; no por ello dejaría de representar a los organismos que la solventan. El reto fue doble. Pues la búsqueda de autonomía implicaba también un manejo hábil de los aspectos administrativos y la habilidad para sortear los riesgos que conllevaba la circulación en los mercados de las industrias culturales. Un aspecto pudo ayudar al otro: con el soporte institucional pudimos resistir los embates del mercado y con las estrategias de difusión y ventas garantizamos cierta emancipación de los lastres “oficialistas” (como la eterna dependencia al presupuesto).

Armas y Letras ha seguido, así su propia ruta, consolidando su propia identidad y dando cuenta al mismo tiempo de los fenómenos, ricos y contradictorios, del campo cultural mexicano. Ha sido, de igual manera, una estrategia para combatir el centralismo cultural y rechazar, al mismo tiempo, el chovinismo regionalista. Esa ha sido mi experiencia y mi lectura del fenómeno, y de sobra sé que el proceso se encuentra en plena marcha y cada día hay que inventar nuevas estrategias para que las revistas culturales no sean sinónimos de una vida efímera, de un corto noviazgo.

Por fortuna, con cada nuevo número *Armas y Letras* nos otorga una nueva lección sobre el tema. ●